

## A las cuatro de la tarde

El escritor tomó asiento, se sacó la mascarilla del rostro e inmediatamente su celular marcó un mensaje entrante. Desplegó el *WhatsApp* y entrecerró los ojos para leer mejor la minúscula pantalla:

*“Estimado, el desafío que usted me propone de escribir dos relatos de manera simultánea, es muy grande. Es un honor que usted vea en mi a una promesa de escritor, cuando en realidad, no me considero un creador literario. Los periodistas, historiadores y otros profesionales, trazan palabras. El escritor es distinto; sus frases son talladas con precisión y maestría; en donde se conjuga la coherencia de un relato trascendente con la belleza de la palabra modelada. Escribo sin pretensiones de artista, sólo para dejar testimonio de mi existencia. Finjo ser un creador de mundos ficticios, cuando en propiedad, es la realidad concreta en que usted y yo brevemente existimos. Por ejemplo, Marco Polo escribió lo que vio y vivió en China y todo lo suyo parecía para sus contemporáneos creatividad pura.”*

Don David, cerró la pantalla del celular y aguardó a su discípulo, sopesando las palabras que le diría para animarlo a tener confianza en sí mismo. El reloj de la biblioteca señaló las cuatro en punto. Pasaron cinco minutos, luego diez. Nada. Estiró el cuello mirando al exterior; esperando ver a entrar al aprendiz de escritor.

Finalmente, se puso de pie y se aproximó al mesón de la bibliotecaria. La muchacha destacaba por sus grandes ojos oscuros.

Don Davis preguntó:

- ¿Ha venido ese señor alto que se reúne los lunes conmigo?

Ella, algo confundida, miró hacia arriba al escritor.

-Estimado, usted viene todos los lunes a las cuatro y trabaja solitario en ese mismo asiento y lugar. Desde aquí veo, en todas esas jornadas, que, por una hora, usted lee varias hojas y gesticula y habla consigo mismo. Pensé que era parte de su proceso creativo o de recreación de personajes y situaciones—¿O me equivoco?

El escritor tragó saliva y preguntó:

- ¿En verdad no ha visto nunca por aquí a un individuo mayor, delgado y calvo?

La muchacha, impacientándose, arregló un inexistente desorden de su negra cabellera y afirmó:

-Lo que recuerdo es que un día vino alguien con esas señas. Preguntó por usted y su taller literario, le di su número de celular y quedó de volver el siguiente lunes a las cuatro de la tarde. Desde entonces, quien viene a esa hora, es únicamente usted. No puedo olvidar ese día; hacía mucho calor y en esa explanada seca, delante de la biblioteca, se formó un remolino de viento que chocó contra el ventanal que remeció de arriba abajo. Entonces, ese señor apareció silenciosamente aquí, justo en donde usted está parado. Me acordé que en este terrero existió hace décadas atrás un sanatorio mental. Una casa de orates en donde a los pacientes fallecidos los sepultaban aquí mismo.

El escritor no dijo nada. Necesitaba ordenar sus ideas. Dio las gracias con sonrisa forzada y fue a sentarse en el mismo lugar que desde un par meses ocupaba con su

discípulo: hurgueteó en su bolso y sacó las hojas de un cuento en borrador. Las extendió y... estaban en blanco. Recordaba la trama escrita en ellas. La había leído y corregido el domingo por la noche.

En un estado casi febril, revisó su correo en el celular para verificar los seis o siete relatos que había recepcionado, impreso, corregido y discutido con su discípulo que siempre recibía con humildad y buen humor sus consejos e indicaciones. No existía ese contacto de correo. No había una línea de aquellos documentos.

¿Todos esos relatos los había imaginado? ¡No era posible, razonó! Su propio estilo, el *realismo sucio*, no tenía relación con esta forma de escribir que no estaba adscrita a ninguna corriente literaria concreta. Pero tenía muy vividas en su mente cada corrección y tachadura realizada.

Su celular volvió a sonar con ese ruido característico que nos tiene condicionados a estirar automáticamente la mano en busca del aparato. El *WhatsApp* decía:

*“Estimado don David, la existencia humana es breve y el olvido permanente. Escribir, es para mí buscar un gramo de identidad e inmortalidad en medio de la inmensidad de una playa de dunas en una eterna noche de silencio. Usted sabe qué hacer. Adiós.”*

El escritor recordó de un chispazo a Miguel de Unamuno y su novela *Niebla* en donde el autor conversaba con su personaje. Se paró de un salto y se marchó apresuradamente sin ordenar la silla junto a la mesa como siempre lo hacía. Tal vez escribiría esta experiencia. O quizás, se tomaría un par de copas e iría a dormir. O se sentaría a ver

televisión digital y trataría de olvidar toda esta confusa situación que le hizo dudar un instante de su estabilidad mental.

El proceso creativo y de reflexión es así. La mente del escritor puede divagar explorando más allá de la moral y la cordura en un viaje neuronal que puede ser sin retorno.

Hacía calor nuevamente, era fines de enero, tercer año de pandemia. El reloj de la biblioteca señalaba las cuatro y veinte de la tarde. Un remolino volvió a formarse en ese sector de la entrada achicharrado por el sol. Las macetas sobre la baranda de entrada cayeron al suelo y el ventanal recibió una feroz embestida de esa masa café de tierra que, a los segundos de creada, se diluyó volviendo todo a la calma.

-Debo conseguir almácigos de cubre suelo. Las plantas y la humedad terminarán con esos remolinos. - Reflexionó la bibliotecaria de grandes ojos.

Nada es permanente en este mundo. Ni las almas en pena.